

T. 9.

P. 545.



NUESTRA SEÑORA
DE LAS MERCEDES.

DIA VEINTE Y CUATRO.

LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

En aquel tiempo que el imperio romano iba declinando de su majestad y de su poder, entraron en España los Godos, los Vándalos, los Suevos, los Alanos y los Silingos : estableciéronse en ella , y la repartieron entre si ; pero al cabo quedaron dueños los Godos de todas sus provincias , y despues de Alarico, Ataulfo y Sigerico, el año de 416, fijó Walia su trono en aquella región , como rey de toda la monarquía. Roderico ó Rodrigo, último rey de los Visigodos , auxiliado de su hermano Cosa , atacó á Witiza, derrotóle, mandóle sacar los ojos, y se apoderó del reino de España. Era Rodrigo un príncipe cruel , de costumbres estragadas, cuyo duro y tiránico gobierno tenia enconados contra si todos los ánimos ; y arrastrado de las pasiones que le tiranizaban, violó el honor de una dama principal, hija del conde don Julian , uno de los primeros señores de España , tan acreditado en la corte como en el ejército. Era el conde gobernador de Ceuta, capital de un gobierno de los Godos en España, situada en la costa de África, no lejos de Gibraltar, donde los Godos poseían algunas plazas. Ofendido, y vivamente irritado de la afrenta que el rey habia hecho á su sangre y á su estimación en la persona de su hija , disimuló por algun tiempo su resentimiento y su deshonor ; pero noticioso de que los Arabes juntaban en el África un poderoso ejército, se valió de este pretexto y pidió licencia al rey para retirarse á su gobierno. Tomó la

vuelta de Ceuta, llevándose consigo lo mas precioso que tenia; y fingiendo despues en su mujer una dolencia mortal que la tenia sin esperanzas de vida, escribió al rey, suplicándole permitiese á su hija que acudiese apresurada á recibir la bendicion y los últimos suspiros de su moribunda madre. Luego que el conde don Julian vió en seguridad á su hija, puso en ejecucion los medios que ya tenia discurridos para saciar su venganza, y comunicó su sentimiento y su dolor á Muza, general del ejército del califa de Damasco, que se hallaba á la sazón en Berberia. No solo le ofreció entregarle todas las plazas que estaban en la jurisdiccion de su gobierno, sino hacerle tambien dueño de toda la monarquía española, como le quisiese dar un número de tropas suficiente para salir con la empresa. Por entonces solo le quiso dar Muza doce mil hombres para que conquistase con ellos una parte de la España; y abierta esta á los Moros ó á los Árabes, en breve tiempo la sujetaron toda á la obediencia del califa. El año 743 perdió el rey Rodrigo la vida y la corona en una sangrienta batalla que ganaron los infieles, viéndose obligados los Españoles á refugiarse en las montañas de Leon, de Asturias y de Galicia. Eran aquellos infieles mahometanos, por cuya razon tambien se apellidaban sarracenos; y multiplicados prodigiosamente en España, se extendieron á la otra parte de los Pirineos, ocuparon las provincias del Lenguadoc y causaron muchos estragos en Francia. El año de 732 los deshizo en aquel reino Carlos Martel, y el de 778 los desbarató en España Carlo Magno, con cuyos golpes quedó abatido su orgullo; y saliendo los Españoles poco á poco de sus escarpados montes (1), fueron con el

(1) Mas de cincuenta años antes que los Franceses pasasen los Pirineos para pelear con los Moros, habian salido ya los Españoles de sus escarpados montes.

tiempo reconquistando una parte de las provincias perdidas, y formaron de ellas muchos reinos, encerrando á los sarracenos en la parte de España donde, por ser dueños de los puertos, podian recibir los socorros que les venian del África, y á beneficio de ellos se mantuvieron hasta el reinado de Fernando, rey de Aragon, y de Castilla por su mujer la reina doña Isabel. En todo este tiempo continuaron los Moros sin cesar de hacer la guerra á los cristianos, declarando esclavos ó cautivos á todos los que hacian prisioneros.

Era durísimo el cautiverio, no habiendo barbaridad que no experimentasen los infelices que le sufrían. A muchos los desollaban vivos, á otros los empalaban, á no pocos les quemaban las plantas de los piés á fuego lento; otros espiraban á violencia de crueles palos, y todos eran peor tratados que los mas viles animales de carga; siendo mayor la desgracia de muchos que, rendidos al miedo de tan crueles tratamientos, renunciaban la fe y abrazaban el mahometismo.

La Madre de misericordia, de quien los Españoles fueron siempre tan devotos, y que, estando aun en vida, habia tomado á España debajo de su proteccion, cuando apareciéndose al apóstol Santiago sobre el pilar que hasta el dia de hoy se venera en Zaragoza, segun la antigua tradicion del país, le mandó edificar en el mismo sitio una capilla dedicada á su nombre, prometiéndole ser especial protectora de una nacion que habia de ser devotísima suya hasta el fin de los siglos; la Madre de misericordia, vuelvo á decir, compadecida de tantas miserias como afligian á los pobres cristianos cautivos, quiso dar al mundo un ilustre testimonio de su maternal bondad, fundando milagrosamente una religion, cuyo instituto fuese solicitar el alivio y la redencion de los cautivos cris-

tianos que gemian bajo la cruel esclavitud de los Moros. Escogió para esta grande obra á uno de sus mas santos y fervorosos siervos, qual fué san Pedro Nolasco, natural del Lenguadoc, siendo su familia de las mas nobles del país, habiendo nacido el año de 1189 en un lugar del obispado de san Papoul, llamado Mas de las santas Doncellas, á una legua de Castelnaudari. Este gran siervo de Dios, no menos distinguido por su ilustre nacimiento que por sus grandes riquezas y sobresalientes prendas, renunciando generosamente las mas halagüeñas y mas tentadoras esperanzas con que el mundo le brindaba, resolvió dedicarse todo á Dios, empleando en su servicio sus bienes y sus talentos.

Sobresalian en él, descollando entre todas las demás virtudes, la tierna devocion á la santísima Virgen, y una ardiente caridad por los cautivos cristianos que arrastraban las cadenas en poder de los sarracenos. Parecian como nacidas en él la singularísima ternura hácia la Madre de Dios, y la compasion con los miserables cautivos, tanto que no pudo sosegar hasta que vendió todos sus bienes para redimirlos de aquella esclavitud. Ya dijimos en su vida que, animado con los felices sucesos que experimentó en los primeros ensayos de aquella abrasada caridad, no contento con añadir á sus propios bienes las muchas limosnas que pudo recoger de sus amigos, persuadió á muchos caballeros de conocida piedad, que se juntasen con él para formar una piadosa congregacion ó cofradía, dirigida á solicitar la redencion de cautivos cristianos, bajo el titulo y la particular proteccion de la santísima Virgen.

Sufrió este piadosísimo proyecto la misma suerte que experimentan por lo comun todas las obras grandes y santas, las que el demonio procura siempre arruinar en su mismo principio, ó por lo menos desacredi-

tarlas con contradicciones, detracciones y calumnias. Pero el mismo rey don Jayme, los grandes del reino y todos los hombres de juicio y de virtud, tocando con las manos la utilidad de aquella buena obra, taparon la boca á la maledicencia y disiparon aquella tempestad.

Comenzaba la piadosa congregacion á experimentar los efectos de su caritativo zelo en favor de los cristianos cautivos, cuando la Reina de los cielos quiso dar á toda la Iglesia otra nueva, pero muy insigne prueba de la atencion que le merecen nuestras necesidades, y de la maternal compasion con que mira las aflicciones y los trabajos de los fieles. Aparecióse á san Pedro Nolasco la noche del primer dia de agosto del año de 1248, á tiempo que estaba el santo en oracion derritiéndose en lágrimas con la consideracion del duro cautiverio de tantos pobres cristianos, que con peligro de su eterna salvacion gemian bajo la tiranía de los bárbaros infieles. Llenó la Señora de celestiales consuelos á su fidelísimo siervo, y le dijo que no podia hacer cosa mas agradable á su santísimo Hijo y á ella, que fundar otra nueva congregacion con el titulo de Nuestra Señora de la Merced, para la redencion de los cristianos cautivos bajo el dominio de los Moros.

Asombrado san Pedro Nolasco con aquella milagrosa vision, exclamó postrado en tierra: ¿Y quién sois vos, que teneis tan penetrados los secretos de Dios? Pero, ¿y quién soy yo, miserable pecador, para encargarme de tamaña empresa? Yo soy María, madre de Dios, respondió la Virgen, que traje en mis entrañas y dí á la luz del mundo el soberano Redentor de todos los hombres, y deseo haya en la Iglesia una nueva familia que haga singular profesion de redimir á los cautivos. Anda y funda esta religion, que tomo desde luego debajo de mi proteccion. Yo te

facilitaré los medios y allanaré todos los estorbos. Desapareció la Virgen, y Nolasco se reconoció animado de nueva caridad y de mas encendido zelo. Persuadido ya de la voluntad del Señor, tan descubierta por una vision en que no podia poner duda, nada tuvo que discurrir sino en proporcionar los medios para la ejecucion de empresa tan importante. Pero no atreviéndose á dar paso alguno sin consultarle primero con su confesor, que lo era san Raymundo de Peñafort, se encaminó á buscarle, y le refirió sencillamente todo lo que le habia sucedido en la oracion. Habia revelado lo mismo la santísima Virgen á san Raymundo, y este le declaró que habia tenido la propia vision. Confirmados uno y otro en que era de Dios el pensamiento, se fueron directamente á palacio para comunicar al rey lo que intentaban, y confiarle al mismo tiempo la noticia del duplicado milagro. Pero quedaron gustosamente sorprendidos, cuando, luego que el rey los vió en su cuarto, se anticipó á contarles una vision que habia tenido, y era enteramente conforme á la de los dos; porque no queriendo la Virgen que se pudiese en duda un milagro tan grande de su misericordia y de su bondad con los cautivos cristianos, dispuso que se confirmase con tres testimonios tan auténticos. Desde aquel punto solo se pensó en disponer todo lo necesario para la fundacion de una órden que se puede llamar milagrosa, habiendo debido su nacimiento á tan insigne milagro.

El dia de san Lorenzo del mismo año, el rey, acompañado de toda su corte y de los magistrados de Barcelona, pasó á la catedral, llamada Santa Cruz de Jerusalem, donde subió al púlpito san Raymundo, y publicó en presencia de todo el pueblo la vision que á un mismo tiempo habian tenido el rey, Pedro Nolasco y el mismo santo, con lo que la Madre de

misericordia les habia revelado tocante á la fundacion de una órden religiosa, con el título de Nuestra Señora de la Merced, redencion de cautivos. Acabado el ofertorio, el rey don Jayme y san Raymundo tomaron de la mano á Pedro Nolasco, y le presentaron á Berenguer de la Palu, obispo de Barcelona, quien le vistió el hábito blanco y el escapulario de la órden; y poco antes de la comunión hizo el nuevo fundador los tres votos acostumbrados de religion, y añadió el cuarto, por el cual así él como todos los que abrazasen el nuevo instituto, se obligaban no solo á pedir limosna para rescatar á los cristianos cautivos, sino á quedarse ellos mismos en rehenes y por rescate siempre que lo pidiese la necesidad. Al mismo tiempo hicieron tambien la profesion otros dos caballeros, y el rey cedió al santo fundador la mayor parte de su palacio de Barcelona para que fabricase el primer convento de la órden, y quiso que los religiosos llevasen sobre el escapulario las armas de Aragon, á las que añadió el santo, con beneplácito del rey, las de la catedral.

Tal fué el nacimiento de esta sagrada religion, tan respetable por su milagroso instituto, y tan célebre por los grandes hombres que ha dado para la redencion y para el consuelo de tantos cautivos cristianos. Confirmóla el papa Gregorio IX, y honróla con crecido número de grandes privilegios la santa silla apostólica, en reconocimiento de tan insigne y tan heróica caridad. Hace mencion el martirologio romano de esta milagrosa aparicion el dia 10 de agosto con estos terminos: *En España la aparicion de la santísima Virgen Maria á san Pedro Nolasco, á san Raymundo de Peñafort, y á Jayme, rey de Aragon, inspirándoles el pensamiento de fundar la religion de la Merced, redencion de cautivos.* Y la Iglesia, mas y mas atenta á honrar siempre á la Madre de Dios, zelosa de aumen-

tar en el corazon de todos los fieles el culto, la devocion y la confianza en esta Madre de misericordia, instituyó el dia de hoy una fiesta particular para perpetuar la memoria de tan grande beneficio, y en accion de gracias por la fundacion de una órden que ella misma es un milagro de la mas heróica caridad cristiana.

Pocos siglos se hallarán en que no haya cuidado la divina Providencia de persuadir á los fieles por medio de algun suceso milagroso, que la proteccion que debemos esperar de la Madre de Dios, sublimada a la diestra de su Hijo, es al mismo tiempo la mas poderosa y la mas segura que nos debemos prometer si nos esforzamos á merecerla. Por tanto, debemos hacer todos los esfuerzos posibles para merecer esta proteccion con nuestra confianza, con nuestras oraciones y con nuestro zelo en obsequiarla y servirla. Mas ¿y qué no deberemos hacer nosotros por esta Señora en vista de lo que ella hace por nosotros? Habiendo dado al mundo el mediador que nos reconcilió con su Eterno Padre, cooperó despues ella misma en cierta manera á la obra de nuestra redencion, ofreciendo á su mismo Hijo, y sacrificándole en alguno modo por la salvacion de los hombres. De aqui podemos inferir qué impreso tiene en el alma el deseo de nuestra salvacion.

Admirámonos algunas veces de lo poco que nos dice el nuevo Testamento acerca de las grandezas de la santísima Vírgen, y hasta los mas tibios devotos de esta Señora desearan que el Evangelio se hubiese extendido mas en sus alabanzas. Pero esto es puntualmente, dicen los padres de la Iglesia, lo que debe hacernos formar mayor y mas sublime concepto de esta Señora. El Espíritu Santo, dicen, que no ignoraba el fundamento en que debia cimentarse la grandeza de su esposa, juzgó que solo el título de *Madre*

de Dios, bien explicado, supliria con ventajas todos los demás elogios; y una vez que hiciese conocer la divinidad del Hijo por una larga relacion de milagros indubitables, no era posible despues dejar de tributar las mayores honras á la madre de tal hijo. Con efecto, estas dos solas palabras, *Madre de Dios*, bastan para contentar el mayor zelo por la gloria de la Virgen. Quien penetrare bien todo su sentido, descubrirá un insondable fondo, por decirlo así, de méritos, de grandeza y de confianza en su poderosa intercesion. Solamente los herejes no han podido jamás tomar gusto á una devocion tan justa, tan sólida, tan racional, y que es una de las señales menos dudosas de predestinacion.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Autun, la fiesta de san Andoquio, presbítero, san Tirso, diacono, y san Felix, mártires, que traídos de Oriente por san Policarpo, obispo de Esmirna para predicar en Francia, fueron allí azotados largo tiempo, colgados en el aire todo un dia con las manos atadas atrás; fueron despues arrojados al fuego que no los quemó, y en fin los mataron á garrotazos sobre el cuello, y ganaron así gloriosamente su corona.

En Egipto, el suplicio de san Pafnucio y sus compañeros, mártires. Este santo, que vivia en una soledad, habiendo sabido que muchos cristianos estaban aherrojados, impelido por un espíritu sobrenatural, fué á ofrecerse voluntariamente al prefecto y confesó libremente la religion cristiana. El prefecto le mandó encadenar y atormentar largo tiempo en el potro. Luego le envió con otros muchos á Diocleciano, quien dió órden de atarle á una palmera: los demás fueron pasados á cuchillo.

En Calcedonia, cuarenta y nueve mártires, quienes, despues del martirio de santa Eufemia fueron con-

denados á las fieras por el emperador Diocleciano, y habiendo sido milagrosamente preservados, fueron al fin acuchillados y volaron al cielo.

En Hungría, san Gerardo, obispo y mártir, llamado el apóstol de los Húngaros; Patricio de Venecia, el primero que ilustró á su patria con un noble martirio.

En Clermont de Auvernia, la muerte de san Rústico, obispo y confesor.

En tierra de Beauvais, san Germer, abad.

En Marsella, san Ysarne, abad de San Víctor.

En Gerona, el venerable Dalmace-Moner, del orden de santo Domingo, que habia sido educado en Montpellier.

En Jerusalem, el anuncio de la concepcion de san Juan Bautista, hecho á Zacarías por el arcángel san Gabriel.

Este mismo dia, san Gargilo, mártir.

En Pisaura, san Terencio, mártir, patrono de dicha ciudad.

En Arezzo, santa Antilla, virgen y mártir.

Entre los Griegos, san Copro, confesor.

La misa es en honra de la santísima Virgen, y la oracion la que sigue.

Deus, qui per gloriosissimam filii tui matrem, ad liberandos Christi fideles à potestate paganorum, nova Ecclesiam tuam prole amplificare dignatus es: præsta, quæsumus, ut quam piè veneramur tanti operis Institutricem, ejus pariter meritis et intercessione, à peccatis omnibus et captivitate dæmonis liberemur. Per eundem Dominum...

O Dios, que, para librar los cristianos de la potestad de los infieles, os dignásteis aumentar en vuestra Iglesia una nueva familia por medio de la gloriosísima madre de vuestro precioso hijo, os suplicamos nos concedais la gracia de que nos libremos de todos los pecados y del cautiverio del demonio por medio y por la intercesion de la que veneramos con devocion como fundadora de este sagrado instituto. Por el mismo Señor...

La epistola es del cap. 24 del libro de la Sabiduria.

Ab initio et ante sæcula creata sum, et usque ad futurum sæculum non desinam, et in habitatione sancta coram ipso ministravi. Et sic in Sion firmata sum, et in civitate sanctificata similiter requievi, et in Jerusalem potestas mea. Et radicavi in populo honorificato, et in parte Dei mei hæreditas illius, et in plenitudine sanctorum detentio mea.

Desde el principio y antes de los siglos fui criada, y existiré por todo el siglo futuro, y ejercité mi ministerio en el tabernáculo santo delante del Señor. Así yo tuve en Sion estabilidad, y tambien la ciudad santa fué lugar de mi reposo, y en Jerusalem tuve mi palacio. Y eché raíces en un pueblo glorioso, y en la porcion de mi Dios, que es su heredad, y mi habitacion fué en la plenitud de los santos.

NOTA.

« Solo con leer esta epístola y todo el capítulo de » donde se extractó, se reconoce que el Espíritu » Santo quiso hacer en él un abreviado retrato de la » santísima Virgen. *Criada desde el principio*: quiere » decir, que como Dios tuvo en su divina mente » desde la eternidad, y antes de todas las criaturas, » al Verbo encarnado, tuvo tambien antes de todas » ellas á la que habia de ser madre inmaculada del » mismo Verbo hecho hombre; y así de lo demás. »

REFLEXIONES.

Establecióse mi poder en Jerusalem, y me arraigué en aquel pueblo que el Señor honró con especial benevolencia y con bondad particular. Esta es una de las razones de aquella piadosa inclinacion que todos los verdaderos fieles tienen á la devocion, al culto y á la confianza en la santísima Virgen. Nació esta tierna devocion con la misma Iglesia, y es inseparable del espíritu de nuestra religion. No hay santo

en el cielo que no hubiese sido ardiente y zeloso siervo de la Madre de Dios; reina y reinará siempre María en el corazón de todos los elegidos: *In electis meis mitte radices*. Cuando Dios escogió á María para madre de su hijo, la hizo soberana protectora y madre de todos los verdaderos fieles. De aquí nace sin duda aquella indiferencia, aquella frialdad, aquella aversión de todos los réprobos, de todos los enemigos de la religion contra la Madre de Dios. Deslúmbrales su resplandor, y no pueden sufrir su luz los ojos débiles y achacosos. Las almas rastreras no pueden levantarse á mirar su elevación y su grandeza. Pero los verdaderos fieles, á imitación de las celestiales inteligencias, no cesan de publicar sus alabanzas, reconociendo todos que, después de Jesu-cristo, toda nuestra devoción, toda nuestra veneración y toda nuestra confianza debe colocarse en María. Cuando Aaron con el incensario en la mano se arroja en medio del pueblo para que el fuego del cielo no le reduzca á cenizas, entonces se deja Dios aplacar por el incienso, dice un gran siervo del Señor. Aun el mismo Señor, cuando en el furor de su ira parece resuelto á exterminar á su pueblo en castigo de sus maldades, busca un solo hombre justo que aplaque su indignación, y se queja de que no pueda encontrarle: *Quæsi vi de eis unum qui interponeret sepem, et staret oppositus contra me pro terra, ne dissiparem eam; et non inveni*. No me admiro, no, ó Padre de las misericordias. Aun no había nacido María en aquellos desgraciados tiempos; aun no habíais concedido al mundo tan poderosa medianera; pero después que tuvimos la dicha de lograrla, ¡cuántas veces aplacó vuestra justa indignación! ¡cuántas detuvo vuestro brazo vengador! ¡cuántas se puso entre vos y el pecador, presentándoos las lágrimas que nos hacía derramar el arrepentimiento, consiguiendo el perdón de nues-

tras culpas, y forzando, por decirlo así, vuestra providencia á explicarse en milagros y en prodigios para darnos la salvación! Dichosa, pues, el alma que colocó en María su confianza; dichosa la que, venerando profundamente al Hijo, aprendió desde su infancia á implorar la protección de la Madre; la que nunca separó en su corazón al uno de la otra, ni movida de cierto engañoso zelo, se privó miserablemente de uno de los mas poderosos y mas eficaces medios que tenemos para salvarnos.

El evangelio es del cap. 11 de san Lucas.

In illo tempore : Loquente Jesu ad turbas, extollens vocem quedam mulier de turba, dixit illi : Beatus venter, qui te portavit, et ubera, quæ suxisti. At ille dixit : Quinimò beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.

En aquel tiempo, hablando Jesus á las turbas, alzó la voz cierta mujer de en medio de ellas, y le dijo (á Jesus) : Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mameste. Pero él respondió: Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

LOS BIENES QUE LA SANTÍSIMA VÍRGEN PROCURA Á SUS VERDADEROS DEVOTOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera lo que dice san Antonino acerca de la devoción á la santísima Virgen. Aplicale este gran siervo suyo lo que dice Salomon de la sabiduría, simbolo de la misma Señora, segun el Espíritu Santo: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa, et innumeralibilibus honestas per manus illius*: viniéronme con ella todos cuantos bienes podía desear; fueron sin número las honras y las gracias de que me llenó. Esto mismo pueden decir los verdaderos devotos de la Virgen.